

SOBRE EL SENTIDO EXISTENCIAL DE LA ESCRITURA

Jorge Ordóñez-Burgos
Profesor-investigador
Depto. Humanidades
ICSA, UACJ.



U no de los elementos culturales que mayor arraigo tiene dentro del espíritu humano es la escritura. Esos sistemas en donde son plasmados diversos esquemas de valores (que van desde aspectos de carácter utilitario hasta fungir como una especie de manifiesto estético propio de cada civilización); esa “memoria colectiva de la humanidad” que por tantos siglos nos ha acompañado. La escritura en tanto que objeto es cada vez menos apreciada, la faceta artesanal de ésta es un viejo recuerdo que generaciones lejanas nos comparten con nostalgia: la caligrafía, el cuidado de la página por medio de la arquitectura de párrafos y versos, mediante el diseño de espacios y tipografías; ya cómodos y rápidos para su lectura, ya bien proporcionados, producto de la administración magistral de los editores. La palabra escrita y cuidada manualmente es cada vez más obsoleta ¿para qué preocuparse por trazar adecuadamente una “z” una “h” o una “Y” si los procesadores de texto siempre lo harán mejor? Estamos frente a un dilema muy similar al del uso de la calculadora que suple las operaciones aritméticas mentales. Así como la extracción de una raíz cuadrada, cuártica o la multiplicación de cifras con punto decimal son gimnasia mental, así la caligrafía funge como una especie de ejercicio estético que, además de brindarle destreza a las manos del amanuense, logra sensibilizarlo respecto a las proporciones espaciales de los objetos, lo inicia en el dibujo y la pintura, además de ser uno de los cimientos más sólidos del acervo de un hombre civilizado.

Nosotros como buenos universitarios, doctores y profesores, tenemos en la cabeza miles de asuntos propios de nuestro campo de trabajo para preocuparnos por la calidad de los manuscritos que producimos. En la pizarra nuestras letras representan un verdadero desafío para quienes intentan seguir la cátedra. Mientras más despanzurradas, ilegibles, distorsionadas, vomitivas, crípticas, cavernario-rupestres, desnaturalizadas y lejanas, no digamos del canon de los alfabetos del mundo, sino de las obras emanadas de los primates; en esa medida demostramos qué nivel de erudición y sapiencia ostentamos. Muchos de nuestros discípulos siguen ese magnífico ejemplo, la autoridad académica nos valida como “modelo”. No creo que el profesor de *Biología Molecular*, *Teoría Literaria*, *Resistencia de Materiales* o de *Derecho Constitucional*



deba enseñar a sus estudiantes cómo escribir, ya mucho es lo que debe cubrir en su asignatura. Lo ideal sería implementar a nivel universidad un conjunto de cursos temáticos (acompañados de créditos o no, eso no importa), de asistencia voluntaria en donde los participantes lograran internarse en la complejidad de la lengua castellana, tanto desde la perspectiva gramatical y lingüística, como desde la caligráfica.

El manejo de instrumentos de escritura como la tinta china, la configuración de un papiro con letra gótica, o simplemente, aprender a leer letra cursiva son obsequios que no estarían de más en la formación de quienes cursan el pregrado. Insisto, la invitación sería a un ejercicio espontáneo, y más que cursos “remediales”, se brindaría una verdadera revelación para las víctimas de las reformas educativas que ha sufrido el país.

Quisiera concluir mi reflexión expresando mi más profundo respeto por una compañera del Departamento de Humanidades, una Maestra dedicada a trabajar con quienes se deciden a seguirla. La Profa. Isabel Arcudia tiene gran pasión por nuestra lengua, pasión que se desborda en sus escritos elegantes y en la disciplina de trabajo que marca en sus grupos. Antes de soñar con las grandes publicaciones o participar en congresos en países lejanos, el universitario debe saber leer y escribir, subsanar esa laguna que corroe por igual a americanos y europeos, a países pobres y ricos. Por fortuna existen docentes como mi estimada colega concentrados en la Educación superior.

